



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 62, Enero-Junio, 2011: 23 - 39

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

## La segunda salida del Quijote en *El general en su laberinto* de García Márquez

*David Rozotto*

*Department of Languages and Literatures*

*University of Ottawa, Canada*

*E-mail: drozo063@uottawa.ca*

### Resumen

*El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez ha recibido una amplia atención crítica. Los diversos estudios han señalado, sin ofrecer mayores detalles, la dimensión quijotesca del Bolívar de García Márquez. Sin embargo, no se ha estudiado el alcance de la reescritura del Quijote presente en la novela. La obra es una parodia, una reescritura con distancia crítica, en la que el personaje de Bolívar sigue un transcurso que, si bien se apoya en numerosas fuentes historiográficas, tal como lo señala el autor en el epílogo, también está orientado por la trayectoria del Quijote de la segunda salida. Propongo dilucidar la escritura de un Bolívar quijotesco que le permite al autor desmitificar la figura fundacional, desdibujar los límites entre ficción e historia, subrayar el papel de la imaginación en la construcción del mito y criticar el papel de las historiografías nacionales.

**Palabras clave:** Bolívar quijotesco, ficción, historia, imaginación, historiografías.

---

Recibido: 17-02-11 • Aceptado: 19-05-11

---

## The Second Voyage of Don Quixote in *The General in His Labyrinth* by García Márquez

### Abstract

*El general en su laberinto* (1989), by Gabriel Garcia Marquez, has received ample critical attention. Different studies have pointed out, without offering further details, the quixotic dimension of Garcia Marquez's Bolivar. However, the scope of the rewriting of Don Quixote within *El general en su laberinto* has not been studied. This novel is a parody, a rewriting with critical distance, in which Bolivar's character follows a path that, although supported by numerous historiographical sources as the author indicates in his epilogue, is also guided by the trajectory of Quixote in his second voyage. This study proposes to elucidate the writing of a quixotic Bolivar that allows the author to demythify this foundational figure, blurring limits between fiction and history, underline the role of imagination in constructing myths and criticize the role of national historiographies.

**Key words:** Quixotic Bolívar, fiction, history, imagination, historiographies.

En *El general en su laberinto* (1989) Gabriel García Márquez fusiona, en una doble parodia, la creación literaria con los orígenes de la novela y con la historia para producir su versión de los últimos días de un Simón Bolívar moribundo. García Márquez representa esta parte de la vida del héroe sudamericano a través de una narrativa que emula tanto la historiografía como la *Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. La crítica ya ha establecido el diálogo intertextual con Cervantes planteado en la novela (González Echevarría, Or-

tega, Boland, Arguedas, Bautista). Sin embargo, el hecho de que esta obra cervantina se encuentre tan arraigada en la del colombiano va más allá de comparaciones sueltas y abarca tanto la conformación del libro como personajes y eventos. Esto presenta un "carácter tan marcadamente literario de la vida de Bolívar," como señala González Echevarría, "que aparece como reflejo de una poderosa tradición narrativa" (1990: 7). Es decir que, en su obra, García Márquez hace uso tanto de la tradición literaria como de la histórica para recalcar la manera en que la

imaginación desempeña un papel fundamental en la creación de mitos —el de Bolívar en este caso.

Mi lectura de *El general en su laberinto* se fundamenta en algunos de los postulados sobre la metaficción historiográfica que Linda Hutcheon presenta en *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction* (1988). En su criterio, en una metaficción historiográfica, “the intertexts of history and fiction take on parallel status in the parodic reworking of the textual past of both the world and literature” (124); es decir que la reconstrucción paródica de textos del pasado involucra una reescritura que apela tanto a la historia como a la literatura. Esta propuesta de Hutcheon me permite argumentar que, en la conformación de *El general en su laberinto*, García Márquez recurre a una parodia del quijotesco Libertador de América que consiste en la reinterpretación de su último viaje modelada a partir de la segunda parte del *Quijote*.

*El general en su laberinto* tiene un narrador omnisciente en tercera persona que hace uso continuo de escenas retrospectivas del nostálgico héroe para reconstituir esa parte tan poco documentada de la vida de Simón Bolívar, como lo indica el mismo García Márquez al final del libro (273). Al personaje central se lo conoce a través de sus recuerdos de un pasado glorioso, así como por los ojos de aquellos que “de pronto, se asoman a su habi-

tación y lo descubren vomitando o lo sorprenden lamentándose” (Ortega: 175). Es decir que a Bolívar lo revelan los personajes testigos, tanto los que lo acompañan como los que recuerda, de la misma forma en que los lectores de la primera parte de don Quijote (e.g. el bachiller Sansón Carrasco) lo reconocen en la segunda, tanto por su locura como por sus aventuras. Al igual que Cide Hamete Benengeli alude constantemente a “don Quijote” y sólo al terminar la segunda parte, en su lecho de muerte, se sabe que su verdadero nombre es Alonso Quijano (Cervantes: 1063), a Bolívar se le conoce como “el general” y es solamente al final de la primera sección donde se le nombra completamente y se revela que “el general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre” (García Márquez: 43).

Las metaficciones historiográficas presentan un desdibujamiento de la línea que separa la historia de la ficción (Hutcheon: 113). En este sentido, *El general en su laberinto* debate la grandeza del Bolívar monumental cuando lo humaniza a través de una transposición literaria que sujeta el mito a la trayectoria del personaje cervantino. De la misma manera en que Cervantes “desnaturaliza los ideales picarescos, caballerescos y sobre todo de los historiadores y cronistas” (Bautista:

287), dándoles a los libros de caballería una versión más humana, más real, que la de los heroicos caballeros andantes de este tipo de literatura, *El general en su laberinto* toma su modelo de la historiografía y la incluye y representa al novelizarla, cuestionando en el proceso la veracidad del récord histórico y parodiando el pasado en el texto del presente.

Hutcheon señala que la intertextualidad es “a formal manifestation of both a desire to close the gap between past and present of the reader and a desire to rewrite the past in a new context” (118). *El general en su laberinto* manifiesta precisamente ese deseo de acercar la figura del Libertador al presente a través de la figura reconstituida del Quijote. De este modo, Bolívar actúa como el personaje de Cervantes. González Echevarría señala que “como el Don Quijote de la segunda parte, Bolívar se encuentra con obras literarias en las que él mismo aparece” (7-8). De la misma manera, García Márquez nos presenta a un Bolívar que “había leído todo lo que le cayó en sus manos, y no tuvo un autor favorito, sino muchos que lo fueron en sus distintas épocas” (99). Así, en *El general y su laberinto* se mencionan diferentes libros, desde *Lección de noticias y rumores que corrieron por Lima en el año de gracia de 1826* (13) -que le leían Manuela y

su sobrino Fernando-, *Emilio y La Nueva Eloísa* de Rousseau (137), los *Diarios de a bordo* de Colón (138), hasta *La Araucana* de Alonso de Ercilla (218).

La referencia a los libros evoca a la que presenta Cervantes cuando, por ejemplo, don Quijote habla otra vez sobre –y repite constantemente– “el innumerable linaje de *Amadís de Gaula*” (544) antes de partir hacia el Toboso en busca de Dulcinea. Se mencionan también dentro de las aventuras del caballero andante, por ejemplo, otras obras literarias como *De inventoribus rerum* de Polidoro Vergilio (697), *Il pastor Fido* de Battista Guarini y *L’Aminta* de Torcuato Tasso (999). Cervantes cita sus propias obras, como *La Galatea* (539), y así mismo alude a Garcilaso de la Vega (e.g. 662, 958, 1045), a Lope de Vega (e.g. 733, 971) y a Francisco de Quevedo (e.g. 551, 731). Dadas las similitudes entre los dos caballeros –don Quijote y Bolívar–, no es extraño encontrar que se hayan incluido algunos versos de *La Araucana* de Ercilla en la obra del español (631), al igual que, como ya se mencionó, los que declama el Libertador al cortarse el pelo al rape (García Márquez: 218).

En la metaficción historiográfica no se trata de alcanzar una sola verdad única, sino de llegar a múltiples verdades (Hutcheon: 109); o sea que se promueve una visión plural del

mundo. Como en las obras aquí comparadas, en cada una hay al menos otra versión de los acontecimientos y las circunstancias que los rodean. En tanto que don Quijote cuenta con su escudero Sancho, un labrador sencillo y analfabeto que le tiene mucho afecto a su asno “con cuya compañía [siempre] iba tan contento” (Cervantes: 850), Bolívar tiene a su servidor más antiguo José Palacios que “no sabía leer ni escribir, y se había resistido a aprender con el argumento simple de que no había sabiduría mayor que la de los burros” (García Márquez: 63). La constante y pertinente expresión onomástica de la fecha por parte de José Palacios, especialmente en días memorables como el “sábado dieciséis de octubre... Día de santa Margarita María Alacoque” (233), nos recuerda a los dichos y expresiones populares que utiliza continuamente en sus conversaciones Sancho Panza, quien en la segunda parte resulta ser un servidor más sensato, como el de Bolívar.

García Márquez hace uso de la tradición oral a través de José Palacios, ya que “it is this character who places the events surrounding Bolívar’s past in the context of everyday life” (Alvarez Borland, 1993: 443), así como Sancho con sus palabras trata de mantener a su señor en el mundo presente real y no en el fantástico de otrora. “Caballero y escu-

dero, el amo enfermo y el criado fiel,” afirma Ortega, “componen una figura resonante” (175), y es la fidelidad que tienen los servidores por sus patronos donde se encuentra otra relación entre estas dos obras. Se sabe del leal Sancho que ha estado al lado de don Quijote desde su segunda salida, que le sirve y lo acompaña en sus aventuras –aunque a veces a regañadientes–, y en la segunda parte vemos que van juntos al Toboso en busca de Dulcinea (Cervantes: 597), el escudero ayuda al amo a bajar a la cueva de Montesinos (698-712), abordan ambos la barca encantada –aventura en la que por poco mueren– (749-755), y son atropellados por un rebaño de vacas (962-963) y por un hato de cerdos (1030-1031).

En cuanto al escudero más moderno, nos enteramos que José Palacios siempre anda al lado de Bolívar “aun en el fragor de las batallas” y atiende diligentemente “hasta los mínimos deseos de su señor” (García Márquez: 44), duerme al lado de él, aunque sea en el suelo (71), lo cuida y lo cura (145), y hasta demora la llegada de malas noticias ya que “no eran infalibles [sus] cuidados” que impedían “amarguras inútiles a su señor” (198); como servidor vitalicio del general, José Palacios estuvo con él en “sus dos destierros, sus campañas completas y todas su batallas en primera línea”

(100). En esta relación reverberan las palabras de don Quijote a Sancho Panza antes de su tercer viaje: “juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos” (Cervantes: 554), así como su confianza total en el noble sirviente al agradecerle su constante consejo, diciéndole que “le apetezco y recibo de bonísima gana” (600).

En lo que respecta a los personajes femeninos, no se puede pasar por alto el hecho de que cada caballero tiene su dama y las similitudes entre ambas son obvias. De esta manera, Aldonza Lorenzo (Dulcinea del Toboso para don Quijote) se la describe en la primera parte como “una moza labradora de muy buen parecer” (Cervantes: 41). Sancho, que la conoce, añade que “tira tan bien una barra como el más forzudo zagal” y que es mujer “de pelo en pecho... ¡qué rejo que tiene, y qué voz!” (244). Luego Sancho explica que en su visita imaginada a Dulcinea le sintió “un olorcillo algo hombruno” (312), lo que corrobora don Quijote en la segunda parte, al ayudar a la encantada Dulcinea a montar su “borrica” pues le “dio un olor a ajos crudos” (608). Así como Dulcinea es la musa de don Quijote, como Dante tuvo a Beatriz, también Bolívar tiene a su dama constante en Manuela Sáenz. Esta mujer, que fue la pareja más estimada de Bolívar,

“fumaba una cachimba de marinero, se perfumaba con agua de verbena que era una loción de militares, se vestía de hombre y andaba entre soldados” (García Márquez: 13), quien por amor “viajó trescientas leguas a lomo de mula por las cornisas de vértigo de los Andes” siguiendo al general en su quijotesca empresa (159). Observamos entonces que ambas mujeres comparten rasgos andróginos semejantes.

Como don Quijote va encontrando un sinnúmero de personajes, algunos reales y otros inventados (el Caballero del Bosque, el Caballero del Verde Gabán, Basilio, el maese Pedro, los duques, por mencionar algunos), frente a Simón Bolívar desfilan varios protagonistas como amantes, doctores, gobernadores y militares que “son así mismo distintivos y, por su carácter sinecdótico, ligeramente tópicos, como si ensayaran una alegoría irónica de lo casual vuelto destino” (Ortega: 175). La interacción entre personalidades históricas verdaderas y figuras ficticias en *El general en su laberinto* contribuye a difuminar la frontera entre lo histórico y lo ficticio; como en una metaficción historiográfica que, como lo advierte Hutcheon, plantea y luego desdibuja la distinción entre ficción e historia (113), o sea que simultáneamente se reafirma y se cruza esa línea entre los discursos.

A la par de los paralelos entre los personajes de estas dos obras literarias, también se encuentran analogías en cuanto a los sucesos alrededor de los actores principales, lo que se observa como otro elemento intertextual. A su paso por el poblado de Honda, Bolívar desciende a una galería subterránea, a pesar de que “José Palacios no ocultó su disgusto por la falta de consideración” en las actividades programadas para recibir al general (García Márquez: 79), de la misma manera en que Sancho muestra su angustia al ver a su señor empecinado en bajar a la cueva de Montesinos: “no se quiera sepultar en vida... que a vuestra merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe ser peor que mazmorra” (Cervantes: 699). Asimismo, ambos personajes pasan exactamente media hora en estados que sorprenden a quienes los rodean: Don Quijote parece haber desaparecido ya que Sancho y el guía “volvieron a recoger la sogá con mucha facilidad y sin peso” (Cervantes: 700) y Bolívar, aunque con fiebre y jaqueca, “de todos modos, nadó sin fatiga” con un cuerpo de “costillar de perro y... piernas raquíticas” (García Márquez: 80).

Después de esta experiencia, el general “tomó el baño tibio y se quedó inmóvil en la hamaca” y luego rememora “la noche de gloria” en que le ofrecieron una recepción

en Lima, después de que quedara “sellada la independencia del continente,” el sueño de su vida (García Márquez: 80). De igual forma, al sacar a don Quijote de la cueva, “traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido” y “al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperzándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara” (Cervantes: 701), para luego contarles a sus acompañantes que estuvo “en el más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana” (702).

*El general en su laberinto* parece transcribir varios acontecimientos de la obra cervantina. En la metaficción historiográfica, dice Hutcheon, tanto la historiografía como la ficción dictan qué “eventos” se configuran en “hechos” (122); es decir que tanto el estudio del récord histórico como la creación literaria definen lo que se presenta como historia. Los eventos que parecen reescribirse desde la novela de Cervantes, pasando por la historia del Libertador para recrearla en un relato temporalmente más cercano, son los recibimientos festivos que se dan en honor de las figuras centrales, todas por parte de quienes las conocen con antelación, aunque nunca las hayan visto. “History is a series of “stories,”” explica Álvarez Borland, que son “created by the people, stories



which needed to be heard” (1993: 441); así, cada fiesta de bienvenida o de despedida es un relato (“story”) y la acumulación de todos ellos concatenados a los otros episodios constituyen la historia (“history”) de esas figuras. Veamos unos ejemplos.

De estos sucesos sobresalen la pompa y circunstancia con la que los lectores de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo* reciben a don Quijote que, cuando arribó al palacio de los duques, “al instante salieron lacayos o palafreneros” y “llegaron dos hermosas doncellas” que “echaron sobre los hombros de don Quijote un gran manto de finísima escarlata,” (Cervantes: 761-762). Luego de una recepción digna de realeza y de aromatizarlo junto a los duques con “pomos de agua olorosas” (762), “le llevaron a otra sala, donde estaba puesta una rica mesa” (765) que comparte con sus anfitriones y un religioso.

De igual manera lo reciben a su llegada a Barcelona, donde “sonaban clarines, trompetas y chirimías” y le presentan con un espectáculo de fuegos militares y un despliegue de actos conmemorativos en el que los barcos de la marina se mueven al unísono con la caballería de la ciudad “y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, a quien respondían los cañones de crujía de las galeras” (Cervantes: 986). Después de una pomposa

bienvenida verbal, ingresa a la ciudad entre cánticos y algarabía, y le indican que “todos somos sus servidores” (987) y con “aplauso y música llegaron a la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico” (988). Recibimiento de rey para don Quijote, una vez más, durante su visita a la marina donde “todas las galeras batieron tienda, y sonaron las chirimías; arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí” para transportar al agasajado a la galera mayor, en la cual lo reciben “como es usanza cuando una persona principal” sale de viaje en ella (1001).

Similarmente, todos los que conocen y los que saben quién es Bolívar lo halagan con grandes expresiones gastronómicas, religiosas y militares, desde una fiesta de despedida a la cual llega sin “ninguna insignia de su rango ni le quedaba el menor indicio de su inmensa autoridad de otros días, pero el halo mágico del poder lo hacía distinto en medio del ruidoso séquito de oficiales” (García Márquez: 38). Aquí lo vienen a despedir personajes civiles, militares, diplomáticos y hasta el vicepresidente electo (39), junto a una “comitiva oficial... formada por el arzobispo de la ciudad, hermano del presidente encargado, y otros hombres notables y funcionarios de alto rango con sus esposas” quienes le pre-



sentan “un pliego firmado por numerosos granadinos notables que le expresaban el reconocimiento del país por sus tantos años de servicios” (40-41). La opulencia en la comida es el rasgo distintivo de este festejo, aunque se sabe que el general no era muy dado a comer:

En el comedor contiguo, la mesa estaba servida para el espléndido desayuno criollo: tamales de hoja, morcillas de arroz, huevos revueltos en cazuelas, una rica variedad de panes de dulce sobre paños de encajes, y las marmitas de un chocolate ardiente y denso como un engrudo perfumado. Los dueños de casa habían retrasado el desayuno por si él aceptaba presidirlo, aunque sabían que en la mañana no tomaba nada más que la infusión de amapolas con goma arábica (García Márquez: 42).

Las mismas manifestaciones de aprecio y reconocimiento recibe el Libertador, aun cuando la gente no se ha enterado de que ya no es presidente. A su llegada a Mompox, encontró “una muchedumbre esperándolo en el puerto”, donde “saludó a las autoridades” de la ciudad que llegaron a recibirlo (García Márquez: 109-110). Cuando se hace “más efusiva la casualidad de la recepción,” el pueblo realiza un “te-déum improvisado” en honor al general, a quien hicieron sentar al lado del alcalde (112).

El acogimiento que se le ofrece en Zambrano difiere solamente en el local, ya que es al aire libre, “bajo la enorme ceiba del puerto,” donde se festeja en su honor con “un sancocho costeño” que sirvieron en “una mesa espléndida para el general y sus oficiales y unos pocos invitados, puesta con todo rigor a la manera inglesa” para ofrecer “la res mejor criada... junto con todos los frutos de la huerta” (García Márquez: 125-126). Para ser “un agasajo sin anuncio previo,” la fiesta tiene “ambiente acogedor” y la comida se sirve en “vajilla pura y cubiertos de plata fina con emblemas heráldicos” (126). Al igual que a don Quijote le ofrecen un despliegue marcial, la presencia de Bolívar motiva una “parada militar en su honor” en Cartagena de Indias y luego, en una “casa atestada de invitados,” le ofrecen otra comida que “sirvieron [en] la larga mesa con toda clase de curiosidades de la cocina local” (182-183). Cuando se analizan las semejanzas de los festejos que provocan el heroico mantuano en la Colombia del siglo XIX y el Caballero de la Triste Figura en la España cervantina del XVII, no se puede ignorar que cada uno en su mundo narrativo sostiene, durante una comida, un encuentro ideológico con otro personaje.

En la primera recepción que los duques le ofrecen a don Quijote, se invita también a un eclesiástico,

mencionado anteriormente, con el cual comparte los alimentos sin mayor problema, hasta que éste amonesta al andante anacrónico por su profesión y le dice que se vuelva a su tierra para cuidar a los suyos. Como buen caballero, “atento estuvo don Quijote a las razones de aquel venerable varón,” sin interrumpirlo ni mostrar impaciencia alguna (Cervantes: 769). Más cuando el religioso calla, don Quijote “con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie” y acometió contra el clérigo diciéndole:

Dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? (Cervantes: 769).

De este modo indica el hidalgo que no es menester de unos pocos, ajenos al oficio, meterse a discutir y criticar el procedimiento de otros.

Por su parte, Bolívar, con un genio más colérico que el de la Mancha, actúa de forma parecida con el

francés Diocles Atlantique, quien estaba totalmente emocionado por haber sido invitado a la recepción ofrecida al caudillo en el puerto de Zambrano. Con una actitud de sabelotodo, Diocles habla a diestra y siniestra, mientras que “el general, sentado frente a él, le prestó apenas una atención cortés” y lo oye con paciencia a pesar de sus majaderías (García Márquez: 128). Cuando finalmente el europeo empieza a tocar el tema de la política y debatir lo que, en su opinión, conviene a los países americanos, un Simón rabioso lo amonesta diciéndole: “no nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer. No traten de enseñarnos cómo debemos ser, no traten de que seamos iguales a ustedes, no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil. ¡Por favor, carajos, déjenos hacer tranquilos nuestra Edad Media!” (131). Esto repite el mensaje que le comunica el Quijote al cura sobre el respeto que se le debe a la singularidad de los individuos y los pueblos y la no intervención en los designios de los otros.

Las semejanzas entre los protagonistas principales de las dos obras son mucho más amplias y abarcan desde sus ideales hasta su muerte. Así como don Quijote defiende abiertamente y ante todos su fantasía caballerisca al indicar que exis-

ten “tales caballeros en el mundo” y decir que ha procurado “sacar a la luz de la verdad” esa su realidad (Cervantes: 549), García Márquez señala que la ilusión de Bolívar “de crear la nación más grande del mundo: un solo país libre y único desde México hasta el Cabo de Hornos” (53) no era más que un “sueño casi maniático” (103) que el héroe defendió en su esfuerzo por “hacer de estos pueblos una sola patria” a toda costa y a cualquier precio (105).

Esos ideales de grandeza de ambos están basados en modelos anteriores a su aparición, literaria para uno e histórica para el otro. Para el caballero andante no dejan de resonar sus honorables antecesores de los cuentos de caballerías, nombrando repetidamente a Belianís de Grecia, Reinaldo de Montalbán y Rolán, por mencionar algunos, ocupando Amadís de Gaula un lugar muy especial. De forma similar, se alude a la orden del líder sudamericano de que sus huestes acampen “siempre cerca de su dormitorio, como las legiones de Julio César” (García Márquez: 51), así como también se encuentra en una caja suya “un retrato del general George Washington con un mechón de su cabello” (215). En este sentido, no se puede negar que el Amadís del general es Napoleón Bonaparte, ya que, como dice Chasteen, muchos de sus contemporáneos miraban al

emperador francés en la figura de Bolívar (2006: 21). En efecto, en la novela se advierte que Bolívar a los veinte años “estaba deslumbrado por la coronación de Napoleón” (García Márquez: 137). Sin embargo, es también él quien da los aires napoleónicos que identifica Miranda Lyndsay al decir que “*he feels he’s Bonaparte*” (83). Así también, la misma Miranda, cuando el general le recita un poema suyo y la invita a adivinar el autor, ella le contesta irónicamente que “sólo puede ser Bonaparte” y él replica “casi” (86).

No menos son los recuerdos de sus glorias pasadas, como dice González Echevarría, ya que “el elemento cervantino se nota sobre todo en... el cariz recuperativo del viaje... como Don Quijote en su último regreso al hogar, Bolívar vuelve a vivir experiencias de su itinerario de aventuras” (8). En efecto, don Quijote rememora en el segundo libro varios de sus acaecimientos pasados, como el encuentro con los gigantes (Cervantes: 550, 768), su proceder cuando mantean a Sancho (554, 746), sus aventuras con molinos, batanes y galeotes (559), su profesión de caballero andante (664-665) y, de vuelta de su tercera salida, “la desgracia de su vencimiento y el encanto y el remedio de Dulcinea” (1056). Así mismo, como se indica, el general caraqueño visita las memorias –unas buenas y otras

malas— que le dieron renombre. Entre las que más hace resaltar García Márquez están: la llegada de Bolívar a San Juan de Payara cuando “había liberado ya del dominio español dieciocho provincias” (52-53), el atentado contra su vida que recuerda varias veces (21, 58, 124), su descuido al no darse cuenta de haber desterrado a una ex amante y su familia (122), su entrada triunfal a Caracas que “lo eternizó con su nombre de gloria El Libertador” (175), el fusilamiento del General Piar en Angostura (233).

A lo largo de la remembranza de todos esos sucesos, tanto el Quijote cansado de 1615 como el Bolívar enfermo de 1830 sienten el peso de sus propias historias y experimentan una depresión intensa que se hace evidente en su desinterés y tristeza. Para el venezolano, sufriendo de tuberculosis, afrontando su exilio y seguro de haber “arado en el mar,” ve a través de su historial el desmoronamiento de su sueño y de sí mismo (Chasteen: 24). En su viaje por el Magdalena se puede ver que “los síntomas del desencanto eran demasiado evidentes en el último año” (García Márquez: 20) y ya no hacía nada “que permitiera vislumbrar un cierto interés por la vida” (107). Su estado se comprende extremo por sentirse fracasado al no lograr su objetivo, estaba “tan desengañado de su gloria y tan predispuerto contra el

mundo” (109) que no duda en expresar su tristeza y desasosiego (173) y se le escucha exclamar “me he perdido en un sueño buscando algo que no existe” (227). Como el manchego que, lamentándose por su inutilidad ante lo acontecido a su imaginada Dulcinea, en la soledad de su habitación se encuentra “despierto y desvelado, pensando en sus desgracias” (Cervantes: 878) o se le ve instruyendo a su vasallo “déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerza de mis desgracias” (964).

Obviamente es depresión lo que lo acosa y, al ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, se observa que también sufre de una baja autoestima pues se indica que “don Quijote les suplicó [a los duques] le diesen licencia para partirse aquel mismo día, pues a los vencidos caballeros, como él, más les convenía habitar una zahúrda que no reales palacios” (Cervantes: 1045). Es esa mezcla de males del alma lo que se insinúa que terminó con el caballero pues “llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama” (1062). A Bolívar le sucede lo mismo en cuanto a autoestima, sólo que a él lo ha vencido su propia historia

y ve al equivalente del Caballero de la Blanca Luna en Francisco de Paula Santander, cuya conspiración contra el general contribuyó al deterioro psicológico de éste (García Márquez: 60-61). Cuando el oficial Montilla le indica que “el hombre es usted” para tomar de nuevo la presidencia, el general se niega a sí mismo al indicar “yo no existo” (148). En esta forma vemos al general que ordena con rigor que ya no le llamen ‘excelencia’ (34), manda que le pongan su apellido de nombre al perro sarnoso que rescataron (108) y dice “a mí sólo me falta que me boten en el cajón de la basura” (124).

El estado mental en que se encuentran los dos personajes en sus libros respectivos, da lugar a que quienes los rodean cometan crueldades psicológicas con ellos, mintiéndoles y, de alguna manera, haciéndoles sufrir. Tal es el caso con don Quijote, a quien Sancho engaña al hacerle creer que Dulcinea está encantada (Cervantes: 601-610), lo que agudiza las fantasías del caballero a tal punto que así la mira en su visión en la cueva de Montesinos (710-711), por lo que continúa en su profesión para rescatar a su amada. Asimismo, los lectores de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo* lo engañan con toda una sarta de trucos, como los duques y sus despliegues escenográficos para entretenerse con su actuar en cualquier momento;

e.g. el desfile de encantadores (Cervantes: 793-804) y el ataque de los gatos (868-869). En Barcelona, don Antonio Moreno, sabiendo lo crédulo que es su huésped manchego, le presenta la cabeza encantada que adivina y responde sabiamente (993-996). Y también el bachiller Sansón Carrasco, quien, para retar a duelo y hacer volver a don Quijote a su aldea, se disfraza del Caballero del Bosque (622) y luego del Caballero de la Blanca Luna (1010), siendo vencido la primera vez y vencedor la segunda.

García Márquez hace que sus personajes secundarios también tengan igual proceder con el principal. Es así que cuando emprende su viaje el 8 de mayo de 1830, “el puerto estaba lleno desde las cinco de la mañana con gentes de a caballo y de a pie, reclutadas a toda prisa por el gobernador en las veredas cercanas para fingir una despedida como las de otras épocas” (García Márquez: 90), lo mismo que el coronel Wilson, aunque bajo órdenes del general Carreño, deja que Bolívar gane varias manos de un juego de cartas trasnochador (70-71). El mismo general Carreño hace un reproche sin resentimiento al discutir con el general sobre la relación entre edad y heridas de guerra, diciéndole que “el más joven sería usted: ni un rasguño” (136). De igual manera se escuchan expresiones, como la de García

del Río que dice que Bolívar “ya tiene cara de muerto,” frase que repitieron “los ecos de la casa” y “persiguió al general toda la noche” (150). Lo que hace todo esto más cruel es que Bolívar sabe que así lo hacen y por qué lo hacen, como lo expresa al conversar con el coronel Santa María: “Ya sé que se burlan de mí porque en una misma carta, en un mismo día, a una misma persona le digo una cosa y la contraria” (207), lo que da a entender que, aunque se burlen, él sigue siendo el mismo, el general Bolívar.

A pesar de los maltratos de otros y su propio decaimiento físico y psicológico, la preocupación del Libertador sigue siendo el pasar a la historia, no tanto por la importancia de sus acciones, sino por su “insatiable desire for glory,” característico de la definición de un gran hombre (Chasteen: 34). Como don Quijote que se envanece al enterarse que ha pasado a la historia porque se han escrito sus hazañas –la primera parte del libro– y hace que el bachiller Carrasco se las relate (Cervantes: 557-565), así se enorgullece Bolívar al saberse incorporado al cancionero popular, en los poemas dedicados a sus glorias o escucharse mencionar en el libro de “las crónicas comadreas de Lima” (García Márquez: 21, 76, 99). En efecto, fueron otros los que al principio se dieron cuenta de lo que su vida y proceder iba a sig-

nificar para la historia, desde la publicación de su “Carta de Jamaica” en un periódico de Kingston (83) y las teorías de Humboldt sobre que lo único que falta es el hombre indicado para la liberación de las colonias españolas en América, para lo cual la historia iba a “demostrar que el hombre era él” (103), hasta los que aseguraban que “el general no pasaría a la historia” (131) por su manera de manejarla con contradicciones de palabra y acción (207-208).

Sin embargo Bolívar ya se sabe inscrito en el récord histórico por su “individual genius and force of character” (Chasteen: 22), lo que se observa en la novela cuando le indica al alemán, que quiere capturar a un ser mítico para exhibirlo por Europa, que lo lleve a él para mostrarlo como “el más grande majadero de la historia” (García Márquez: 102) o, cuando Mosquera dice que “ese tipo no quiere a nadie” (222), el general indica que éste debe de dar “gracias que no le contesté para dejarlo a salvo de una condena histórica” (223). Al igual que el Quijote, al saber que sus aventuras se relatan en un libro, le dice a Sancho “considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas” (Cervantes: 964), lo que luego el escudero evoca diciendo “que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o

tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas” (1051). Así, pues, tanto manchego como venezolano ajustan su comportamiento al relato deseado de su trayectoria para quedar registrados en la historia.

Otro paralelo en la vida de estos dos personajes, como lo indica Ortega, es que “al igual que Don Quijote, que recobra las esperanzas cuando le propone a Sancho que se hagan pastores, Bolívar recobra las fuerzas cuando las promesas de la utopía... le permiten la ilusión del recomienzo” (168), y antes de entregarse a esas nuevas empresas, cada uno en su historia intenta rehacer la magnificencia pasada. En la segunda parte del libro cervantino, la única aventura que se deriva de las fantasías de don Quijote es el encuentro con los leones (Cervantes: 654-658), que lo hace revivir los eventos de su pasado reciente. Exactamente como Bolívar trata “quizás de reconstruir el esplendor de antaño con las cenizas de su nostalgia” al bailar por casi tres horas en la fiesta de Honda, aunque “tenía ya las fuerzas disminuidas, que debía restablecerse en los intermedios aspirando los vapores del pañuelo embebido en agua de colonia” (García Márquez: 81).

No obstante, esos sueños del pasado no volverán a ser, ya que al final Cervantes nos muestra a un Quijote lúcido que retorna cansado y derrota-

do, mientras que a lo largo de su libro García Márquez presenta al Bolívar moribundo en su último viaje, no al exilio sino al más allá. Hasta en el capítulo final de la vida del general (García Márquez: 239-272) resuenan los últimos momentos del caballero andante (Cervantes: 1062-1067), diferenciándose únicamente en que el señor Quijano se confiesa voluntariamente antes de hacer su testamento y don Simón ejecuta estas dos acciones a la inversa, sin saberse si verdaderamente declara sus pecados o solamente se mofa del obispo que lo atiende. Las coincidencias son casi exactas –con la diferencia expuesta anteriormente– que vemos a los dos como una sola persona en su lecho de muerte, pues se encuentran rodeados de amigos, con el médico sin darles esperanzas a éstos, despertando de las fantasías que habían regido su vida, realizando su confesión/testamento, instruyendo que se paguen las deudas pendientes, dejando a su servidor bien recompensado dentro de la medida de sus posibilidades, se patentiza la solidaridad del sirviente, herencia material y consejos a la sobrina/ al sobrino, desmayos continuos y finalmente una muerte apacible.

Los paralelos con la segunda parte de *Don Quijote* revelan el uso que García Márquez hace de las tradiciones histórica y literaria para desdibujar la línea entre ficción e histo-



ria y para resaltar el empleo de la fantasía en la creación de héroes nacionales. Como en las metaficciones historiográficas que cuestionan la versión de la historia que usualmente se narra (Hutcheon: 123), el Bolívar quijotesco le permite al autor subrayar el papel de la imaginación en la construcción del Bolívar tradicional que conocemos a partir de monumentos y textos de educación primaria y secundaria. La historia tradicional presenta al general sudamericano como un héroe y como el creador del ideal de una unión continental. En *El general en su laberinto*, García Márquez representa esa utopía como una fantasía quijotesca y a su creador de cierta manera trastornado como un don Quijote. De ahí que el autor no solamente desmienta esa creación histórica sino que también critique el papel de las

historiografías en la construcción de mitos.

El Bolívar hombre, señala Chasteeen, empezó a desaparecer detrás del Bolívar mito que sería recordado como El Libertador (21), exactamente como las fantasías de Alonso Quijano lo opacaron para luego recordárselo como don Quijote de la Mancha. De esta manera, García Márquez indeleblemente proyecta al caballero ficticio de la primera novela moderna en la recreación del héroe independentista en sus últimos días y con toda su humanidad historiada, parodiando el texto de Cervantes y aclarando el alcance del carácter literario del personaje. Esto pone de relieve el hecho de que en el texto del presente se construye la historia a través de la tradición literaria para darle forma, a pesar de la falta de documentación, a ese último capítulo de la vida de Simón Bolívar.

### Bibliografía

- ÁLVAREZ Borland, Isabel (1993). *The Task of the Historian in El general en su laberinto*. En *Hispania*, No. 76, pp. 439-445.
- ARGUEDAS, María Eugenia (1993). *El Quijote de la Mancha en El general en su laberinto*. En *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, No. 19.1, pp. 61-64.
- BAUTISTA, Álvaro (2007). *El Quijote en Guillermo Valencia y el Quijote de Eduardo Caballero Calderón y Estanislao Zuleta*. En *Litèralité 5. Figures du discontinu*. Ed. Ly, Nadine. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux.
- BOLAND, Roy C. (1992). 'Los Más Insignes Majaderos de Este Mundo': *Simón Bolívar Between Christ and Don Quixote in El General en su Laberinto*. En *Antipodas: Journal of Hispanic Studies of the University of Auckland and La Trobe University*, No. 4, pp. 155-165.

- CERVANTES, Miguel de (1990). *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Riquer, Martín de. Barcelona: Editorial Juventud.
- CHASTEEN, John (2006). *Simón Bolívar: Man and Myth*. En *Heroes & Hero Cults in Latin America*. Eds. Fallaw, Ben y Brunk, Samuel. Austin, TX: University of Texas Press.
- GARCÍA Márquez, Gabriel (2007). *El general en su laberinto*. Barcelona: Novoprint, S.A.
- GONZÁLEZ Echevarría, Roberto (1990). *García Márquez y la voz de Bolívar*. En Boletín Cultural y Bibliográfico, No. 24-25, pp. 1-11.
- Hutcheon, Linda (1988). *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. Londres/ Nueva York: Routledge.
- ORTEGA, Julio (1992). *El lector en su laberinto*. En *Hispanic Review*, No. 60, pp. 165-179.